

HOMILÍA
EN LA MISA DE CLAUSURA DEL ENCUENTRO DE PLANIFICACIÓN
(P. Heinrich Walter, Schoenstatt, Marienau, 7 de febrero de 2009)

¡Queridos responsables de nuestro Movimiento!

En el Evangelio que acabamos de escuchar, los discípulos son enviados. No tienen que llevar nada consigo. Sólo su fe. También nosotros somos hoy enviados. Sólo nos tenemos a nosotros mismos y la experiencia de esta semana que hemos vivido en un Cenáculo. Nos preguntamos: ¿Qué ha sucedido entre nosotros? ¿Qué se nos ha regalado?

1) Hemos experimentado una transformación en el Cenáculo.

Llegamos con algunos interrogantes, con ansiedades, con temores. ¿Acaso somos realmente fieles al Fundador? ¿Acaso a todos les importa en la misma medida la totalidad del carisma del Fundador? ¿Tomarán los demás en serio mis experiencias? ¿Qué pasará entre los latinos y los alemanes? Varios de nosotros nos preguntábamos: ¿cómo será posible todo esto?

En los primeros días, muy suavemente, sucedieron transformaciones que sólo podían venir del Espíritu Santo. Surgió confianza y de ella brotó apertura. Percibimos un profundo espíritu de Familia, del que surgió unidad. Llamamos a esta realidad: Familia del padre. Y esto fue suficientemente fuerte como para darnos espacios e integrar pequeñas irritaciones. Regresamos a nuestros países con la profunda experiencia de que María nos intercedió el Espíritu de transformación y que llegamos a ser Familia del padre.

2) Experimentamos un Schoenstatt vital.

Recuérdense del comienzo, con la pregunta: ¿cómo nuestro federativo “estar con el otro” puede ser más fecundo? Luego de una semana podemos decir que en realidad resulta que mucha fuerza y plenitud de vida surgió entre nosotros. Experimentamos la plusvalía de lo federativo. ¿Cómo se realizó esto?

Miramos la vida concreta y a cada persona con sus experiencias, sus intereses y los frutos de su trabajo. La vitalidad proviene de los individuos, de los pequeños grupos, de los proyectos locales. Le dimos mucho espacio a esta vida que viene de los países y de las comunidades. Escuchamos los testimonios con respeto y apertura. Tuvimos confianza en lo que realmente vive en los corazones. Así cada participante fue integrado plenamente en el proceso. Cada uno se sintió tomado en serio. Tuvimos el valor de renunciar a todo “debe ser y tiene que ser” para confiar enteramente en la vida que Dios regala. Sin que se notara surgió vitalidad y alegría, confianza en la conducción de Dios y esperanza en el camino hacia el futuro.

3) Experimentamos un Schoenstatt misionero.

La razón de ser de Schoenstatt no está en sí mismo sino en el servicio misionero a la Iglesia y a la sociedad. No quiero enumerar ninguna de las acciones; ellas resuenan aún en nuestros oídos. Quiero señalar el método. Si simplemente aplicamos ahora a la Iglesia y a la sociedad lo que hemos experimentado tenemos ya un camino. Trátnos entre nosotros de manera abierta y frontal, contátnos todas esas cosas que hacen arder el corazón. Buscar el trabajo en común con aquellos que tienen inquietudes parecidas. No pensar primero cómo salgo yo librado, sino ir con plena confianza al encuentro del otro. Si lo hacemos así, como ha sucedido aquí, entre nosotros, estaremos ya, en el trabajo en

común con otros portadores del apostolado, en medio del centro del corazón de la Iglesia.

Algunos echaron de menos que no nos preocupáramos suficientemente de los sucesos del tiempo. Mi impresión es que, sin darnos cuenta, lo hicimos durante toda la semana. Nuestro estar centrados en la alianza de amor histórica, que Dios actúa a través de María, es una masiva respuesta vivida a la moderna cuestión sobre Dios. Nuestro estar centrados en el padre y su autoridad tiene mucho que ver con la crisis global de autoridad. Y las “misiones” juveniles y familiares son una respuesta vital a cuestiones relativas a la secularización.

En esta semana nos confiamos enteramente a nuestro padre y fundador. Experimentamos transformación y surgimiento y ahora sabemos con más certeza que su carisma vive en nosotros. Él nos envía de vuelta a nuestros países para que mostremos, allí, donde vivimos, su amor por la Iglesia. Él no tiene a nadie más que a mí y a ti, sólo tiene a su Familia. Por eso podemos decir: su misión continúa viviendo en nosotros y en la medida que seamos, unos con otros, “el padre vivo” para este tiempo.

Traducción: fjc/mca